

## CAPITULO LXXV.

### Un mozo listo.



ÑIGO aprovechó el primer momento de buen humor de su amo para mostrarle cuánto habia hecho en su obsequio.

—Me habeis de perdonar, le dijo, que haga más de lo que verdaderamente conviene á mi condicion de servidor.

Pero mi imaginacion se inquieta, no puedo dominarla, y como sirve al deseo que profeso, puede equivocarse; pero su intencion es siempre buena.

—¿Qué me quieres decir con ese preámbulo? le preguntó Pánfilo de Narvaez.

—Quiero deciros, que si como es de presumir, habeis venido á Santiago de Cuba para emplear vuestro valor y vuestra inteligencia, he descubierto un gran camino, que puede conducirnos á la realizacion de vuestros designios.

El capitán miró con curiosidad al soldado.

—No tacheis de irreverencia mis palabras.

—Habla, Iñigo.

—Hoy por hoy, lo que más preocupa á cuantos habitan en esta colonia, es la expedicion de Hernán Cortés á un país no lejano, con ánimo de conquistarle.

El gobernador desea á toda costa castigar el delito del que, desobedeciendo sus órdenes trabaja por cuenta propia.

Tarde ó temprano, en cuanto sus medios se lo permitan, es

de presumir que armará una flota, y reunirá un ejército que vaya en busca del desobediente para hacerle entrar en razon.

—¿Y qué quieres decir con todo eso?

—Que esa es una ocasion favorable para que un hombre de vuestro temple, de vuestro arrojo y de vuestro talento, llegue á alcanzar el puesto que le corresponde.

La idea no le pareció mal á Pánfilo de Narvaez.

—Esa expedicion, prosiguió Iñigo, necesitara un jefe, y ese jefe lo designará seguramente el gobernador.

—Es lo mas probable.

—Pues bien; yo deseo que vos desempeñeis ese alto puesto.

—¿Por ventura no hay hombres principales en Santiago de Cuba?....

—Yo lo creo que los hay. Pero como lo nuevo gusta más que lo conocido, si desde el principio os proponeis dominar al gobernador, lo conseguireis fácilmente. Al llegar aquí no tengo más remedio que haceros una confianza, y pidiros perdon.

—Explícate.

—No sé si pensareis como yo; continuó Iñigo. Pero la experiencia que tengo de las cosas de la vida me ha demostrado que no hay un auxiliar más poderoso para la realizacion de todos los pensamientos del hombre, que la mujer.

Ahora bien; don Diego de Velazquez galantéa á una dama muy principal que hay en Santiago; le dará el nombre de esposa en cuanto quede viuda, lo cual se espera de un momento á otro, porque su esposo, que está en Santo Domingo, sufre una incurable enagenacion mental, y esta dama es la que ejerce más influencia sobre el gobernador....

—¿Qué pretendéis indicarme con eso? interrumpió Pánfilo de Narvaez.

—Estoy haciéndoos una confidencia, dijo su escudero.

La dama tiene una camarera muy linda. La he visto, la he hablado, y en breve tiempo he ganado su afecto.

—Segun eso, ¿te propones por ese medio auxiliarme? No me conoces, si has creído que podía hacer caso de tus indicaciones.

—Perdonad, dijo Iñigo; por medio de la camarera me propongo saber todos los pensamientos del gobernador. ¿Creeis que estos datos serán despreciables?

El capitán desarrugó el entrecejo.

—Ya veo que eres más ladino de lo que yo me figuraba, dijo.

—Oidlo rodo: he hecho creer á la camarera de doña Blanca que sois el galán ménos galán del universo, que las mujeres os irritan, que habeis venido á las Indias huyendo de ellas; y como el fruto prohibido es el manjar más precioso para las hijas de Eva, no dudo que á estas horas inspirareis la más viva curiosidad á la dama del gobernador.

—No has mentido, Iñigo.

—Tanto mejor para mí. Pero, ó mucho me equivoco, ó las semillas que he sembrado fructificarán muy en breve.

—Hasta que yo no te avise, dijo el capitán, procura no comprometer mi reputacion.

—No temais.

—Ahora déjame.

Iñigo se alejó, y Pánfilo de Narvaez no pudo ménos de decirse:

—Este muchacho es muy listo. Me quiere bien, y aunque no me conviene que se establezca entre nosotros una gran confianza, sin embargo, puede serme muy útil; si es cierto que Diego de Velazquez quiere enviar una nueva expedicion para destruir la influencia de Hernan Cortés, ¿qué puesto más brillante, qué posicion más digna de mis deseos que la de mandar esa expedicion?

—Esto me proporcionaria el medio de satisfacer mi ambicion personal y de cumplir la promesa que ha hecho mi corazón á una mujer desvalida.

El dia siguiente era domingo, y Pánfilo de Narvaez asistió

al templo con el gobernador y los altos dignatarios de la colonia, para cumplir sus deberes de cristiano.

Allí tuvo ocasion de ver por la primera vez á Blanca; y más tarde, en el palacio de Diego de Velazquez, conversando con algunos capitanes, expresó una opinion que no tardó en llegar á oídos de la que puede decirse que era la verdadera reina de la colonia.

Conversaban los capitanes acerca de la influencia que ejerce la belleza de la mujer en la vida del hombre, y todos convenian, comparando á las indias con las españolas, en la inmensa ventaja de éstas sobre aquellas.

—Y si no, ahí tenemos una prueba, dijo uno de los militares ¿qué hay comparable en las Indias al encantador rostro de doña Blanca?

Todos aprovecharon la ocasion para formular grandes elogios en favor de Blanca.

—Pues yo la he visto por la primera vez, dijo Pánfilo de Narvaez, y confieso ingénuamente que no me ha llamado la atención.

Comparada con las indias, es una belleza; pero aún tengo vivo el recuerdo de las españolas, y no me asombro.

Todos oyeron con admiracion aquellas palabras.

No faltó quien las repitiese al oído de Diego de Velazquez; y en honor de la verdad, no desagradó al gobernador que pensase de aquella manera Pánfilo de Narvaez.

Era este un galán apuesto, y todos los que se hallaban en estas condiciones le inspiraban recelos.

El mismo gobernador, visitando por la noche á Blanca, tuvo ocasion de referirle lo que habia oido.

—Hoy he visto entre vuestros amigos, le dijo Blanca, un rostro nuevo.

—¿Aludis sin duda al capitán Pánfilo de Narvaez, que acaba de llegar?

—Ignoraba su nombre y su llegada.

—Es un valiente militar á quien me recomiendan mucho, y á quien pienso emplear en breve.

—Algo adusto me parece.

—Cualquiera diria que habeis oido la opinion que ha formado de vos.

—¿Ha reparado en mí?

—¿Cómo no habia de reparar? ¿Es posible no notar que el sol existe.

—Siempre amable y galante conmigo.

—Si no temiera ofenderos, os daria la opinion que habeis merecido al recien llegado.

—No digais esas cosas á una mujer.

—¿Por qué?

—Porque la curiosidad es nuestro flaco, y vais á hacer que el deseo me obligue á preguntaros.

—¿Y si el temor de ofenderos me obliga á callar?

—Conque deciais que el capitán...

—Es indigno de vuestra consideracion. Se ha permitido de cir que se asombraba de la admiracion con que todos os vemos en Santiago.

«Yo acabo de llegar de España, ha dicho, y comparando la belleza de esa dama con la de las españolas que he dejado, la encuentro muy inferior.»

Estas palabras produjeron una viva emocion en Blanca.

Pero se repuso, y con sonriza forzada:

—¿Eso ha dicho?

—Sí tal; pero no es voto en la materia.

—Por otra parte, permitidme que me alegre, porque su modo de pensar no me inspira recelo alguno.

Blanca mudó de conversacion.

La mujer disimula mejor que el hombre las heridas del amor propio.

—Me vengaré de ese hombre, se dijo.

Y á partir de aquel momento, su único deseo fué realizar la promesa que se habia hecho.

## CAPITULO LXXVI.

Donde se ve que anda el juego entre bobos.



ISERA condicion humana!

Desde los primeros tiempos de la creacion es el fruto prohibido la tentacion de los mortales.

Blanca, que era ambiciosa, que por la misma razon que esperaba unirse con Velazquez y ocupar á su lado una brillante posicion, habia desoido cuantas galanterías le habian dirigido los más distinguidos personajes de Cuba; aquella mujer que estaba resuelta á ser fiel al hasta entónces amante platónico, desde el momento en que llegó á su noticia que habia un hombre que se creia capaz de resistir el yugo de las mujeres; que habia un hombre que despues de haberla contemplado se habia atrevido á amenguar su belleza allí donde reinaba en la opinion, se preocupó vivamente, buscando el medio de domesticar aquella fiera.

Acaeció por entónces la llegada del licenciado Benito Martin, y la alegría que produjo su regreso distrajo algun tiempo la imaginacion de Blanca.

Iñigo avanzaba entre tanto terreno en la conquista de Aldonza; y en honor de la verdad, debemos decir que sus relaciones iban muy adelantadas.

La pobre muchacha se habia acostumbrado á hablar con él por las noches, y cuando faltaba estaba de un humor de los diablos.

Se habia resistido mucho tiempo; pero era porque todos los

enemigos con quienes había luchado hasta entonces eran muy poca cosa.

Iñigo, con su habilidad, con su gracejo, llegó á apoderarse del corazón de Aldonza, y la muchacha estaba muerta de amor por él.

Una noticia tristemente satisfactoria para Blanca llegó á Santiago de Cuba.

Su esposo estaba enfermo de mucha gravedad, y todo hacia creer que se aproximaba su fin.

Diego de Velazquez, ébrio de gozo al ver el triunfo que había obtenido, satisfecho de los honores que le había dispensado Carlos V, se aprestaba á aplazar su soñada venganza.

Durante algunos días fué ménos galante, ménos solícito cerca de Blanca.

Esta conducta hirió su vanidad, y recordando que á un mismo tiempo podía vengarse de Pánfilo de Narvaez y avivar con los celos la pasión de Velazquez, puso en juego todos los medios de que disponía para realizar sus designios.

Blanca no había amado aún.

Hé aquí por qué razón podía creer que su talento y su habilidad femenil bastarían para conquistarla el triunfo.

La vida que se hacía en Santiago de Cuba era completamente distinta de la que acostumbraban á hacer los españoles en la Península.

Allí al anochecer todo el mundo se recogía, y solo alguno que otro soldado que salía de jugar, alguno que otro marinero que buscaba su vivienda después de haber apurado sendos tragos en la taberna de la ciudad, eran los únicos que recorrían las calles.

El gobernador recibía en su palacio á algunos de sus amigos.

Cuando no trataba con ellos de los negocios de la colonia, pasaba el rato jugando á los dados, y el toque de ánimas era la señal de silencio.

Iñigo salía á aquella hora de su casa para conversar con Aldonza.

—Es necesario, dijo una noche la joven á su amante, proporcionar una entrevista á mi ama y á tu amo.

—¿Se ha enamorado de él?

—Yo no lo sé; pero nuestro porvenir depende de que se realice mi proyecto.

—¿Nuestro porvenir?

—Sí; porque ya sabes que te quiero más que á mi vida, y es natural que en cuanto hagas fortuna te cases conmigo y nos vayamos á España, dijo Aldonza.

—No deseo otra cosa.

—Pues para hacer fortuna pronto es necesario que nuestros amos se conozcan.

—¿Nada más?

—Por ahora nada más.

—Se conocerán.

—¿Has pensado algún medio?

Iñigo reflexionó un momento.

—En el poco tiempo que hace que sirvo al capitán, dijo, he comprendido que desfacer agravios es su mayor placer.

No se movería aunque una deidad de las más encantadoras le llamase para ofrecerle las venturas de amor, y sería capaz de pasar, no una noche, sino muchas en blanco, de andar leguas y leguas, de ayunar; en una palabra, de imitar á los caballeros andantes, por amparar á un inocente, por socorrer á una doncella abandonada.

Envíale un recado, diciéndole que acuda mañana á la noche á esta casa para evitar un crimen, y vendrá.

—Pero y si viene, ¿qué ha de decirle mi ama?

—¿No sabe ya lo que ha pensado al verla?

—Sí.

—Pues debe decirle cuando esté en su presencia que le ha llamado para castigarle por su grosería.

—Se ofenderá.

—Eso depende de la habilidad de tu ama.

—Pues déjalo á mi cargo, que se hará lo que dices.

—Yo, por mi parte, me ofrezco á preparar el terreno en el ánimo de mi señor.

Cada cual cumplió su palabra en la forma que van á ver nuestros lectores.

Aldonza dijo á su ama:

—Señora, he hallado el medio de que os vengueis del capitán Pánfilo de Narvaez.

—¿Qué me importa? dijo Blanca, para no dar su brazo á torcer.

—Es preciso; todos los días habla mal de vos, niega vuestra belleza. Es un descortés, y merece castigo.

—¿Y qué medio has ideado?

—Enviarle un recado para que venga aquí mañana despues de las ánimas.

—Es imposible. ¿Y si el gobernador lo supiera?

—En primer lugar, no lo sabrá; y en segundo, toda la culpa recaerá sobre mí, porque yo, apenas entre en casa, le diré:

—"No es mi ama quien os ha llamado; he sido yo, y os entrego á su justo furor para que castigue vuestra descortesía."

Vos entónces me reñís fuertemente por haber abusado de esta manera. El, que al fin y al cabo es cortés, os dará mil excusas, y lograreis humillarle y darle una lección.

—No me atrevo.

—Dejadlo todo á mi cuidado.

—Bien; pero tú serás responsable.

—Acepto toda la responsabilidad.

Iñigo, por su parte, encontró bien dispuesta la masa, como suele decirse.

Cuando regresó á casa de su amo, Iñigo estaba preocupado.

Por la tarde habia conversado con algunos militares de los que estaban al servicio de Diego de Velazquez, y todos habian asegurado que el gobernador procuraba activar la reunion de una escuadra para que condujera un numeroso ejército adonde estaba Hernan Cortés, y le pidiese cuenta de su rebelion.

Todos deseaban, aunque no lo decian, obtener el mando de aquella expedicion.

Era, en efecto, una ocasion muy buena para hacer fortuna, y los que á las Indias habian ido más que otra cosa les habia impulsado el deseo de hacerla.

A partir de aquel momento cada cual estaba resuelto á emplear toda su influencia, y todo su ingenio para conseguir el puesto ambicionado.

No fué Pánfilo de Narvaez el que menos deseo sentia de obtenerle.

Por una parte halagaba su vanidad.

Por otra el deseo de hacer fortuna, que no era el menos vehementemente.

Pero sobre todo, lo que más le animaba á desear aquella posicion ventajosa, era la ocasion de cumplir su promesa.

Jefe de la nueva escuadra, iba á ser el igual de Hernan Cortés, iba á tratar con él, á luchar si era preciso, y de un modo ó de otro encontraria los medios de despertar siquiera el remordimiento en el corazon de aquel hombre, que tan olvidados tenia á su esposa y á su hijo.

—Yo soy un malcriado, dijo Iñigo á su amo; tengo un atrevimiento censurable.

Pero ¿qué quereis?

Os estimo mucho, y aunque me juzgueis entrometido, y aunque me trateis de irreverente, he de procurar hacer vuestra fortuna, que es tambien la mia.

—¿A qué viene ese preámbulo? preguntó el capitán.

—He oído decir esta tarde que va á salir en breve una expedición en busca de Hernan Cortés y de los soldados que acaudilla.

—Es cierto.

—Esa expedición necesite un jefe.

—Bien; ¿y qué?

—Que se me ha metido en la cabeza que seáis vos ese jefe.

—Eso es imposible.

—Para mí no hay nada imposible.

—¿Estás en tu juicio?

—Cuando yo me propongo una cosa, la consigo.

—¿Qué vale una simple carta de recomendación?

—El talento vale más que todas las armas.

—Hay en Santiago personajes muy importantes, á quienes conferirá el gobernador esa misión.

—Solo una persona domina por completo á Diego de Velazquez.

—Una persona; ¿y quién?

—¿Lo habeis olvidado?

—No comprendo.

—Vuestra enemiga doña Blanca.

El capitán miró á Iñigo sorprendido.

Después:

—¿Qué quieres decir con eso? exclamó.

—Quiero decir que esa señora sabe que habeis hablado mal de ella.

—Razon de más para que no me proteja.

—Al contrario, para que piense más en vos que en el gobernador su pretendiente, y para que si no lo lleváis á mal. . .

—¿Qué vais á decir, menguado?

—No vayais á dejarme feo; he dado un paso ya.

—¿Qué es lo que has hecho?

—Mañana recibireis un aviso llamándoos. . .

—¿Quién me ha de llamar?

—Doña Blanca.

—¿Con qué fin?

—Con un pretexto; pero con el objeto de hallar una ocasión de conoceros y de daros sus quejas.

Oid, señor; yo os prometo que sereis el jefe de la expedición.

—Déjame en paz, dijo con aparente mal humor Pánfilo de Narvaez al oficioso Iñigo.

El mancebo obedeció; pero su amo se quedó diciendo:

—Tiene razon: si es cierto que me cita, debo ir. Esa mujer podrá, sin humillarme, favorecer mi empresa.

Al día siguiente recibió el aviso de que le habia hablado su escudero.

Al toque de ánimas salió de su casa envuelto en un negro tabardo, y poco despues llamaba á la puerta de doña Blanca.

Asistamos á la escena que tuvo lugar en medio del silencio de la noche.